Elenita sonrió, enigmática.

Muy de mañana abandonamos el Retiro, cogidos amantemente del brazo...

Lector, ¿por qué no te quedas rezagado una nochecita en el parterre del Retiro? Porque no te creas que esto que acabo de narrarte es pura novela. La ninfa del parterre existe. Y, a lo mejor, con un poquitín de suerte, te la encuentras.

¡Duro con ella!





LA VENUS DEL MOLINO ROJO

La Novela Sugestiva

LA VENUS DEL MOLINO ROJO

por

JACQUES FAURE

Ilustraciones de
HELGUERA

28

PRENSA MODERNA

Larra, 13 - Bajo Madrid. Apartado: 8.012

LA NOVELA
SUGESTIVA

DECLARA: que no pretende ser, ni siquiera parecer, una publicación pornográfica: que es, sí, alegre y desenfadada, frívola, galante, picaresca: nada más.

CAPÍTULO I



En el traje de Eva, un traje que le sentaba a maravilla, Musquette descansaba de la fatigosa postura que acababa de adoptar en beneficio del viejo escultor a quien servía como modelo; y mientras descansaba leía un periódico de la tarde.

Su mirada fué atraída por un anuncio impreso en gruesos caracteres, que decía: «Se desean jóvenes y bonitas mujeres para figurar en los conjuntos del *Molino Rojo*. Presentarse de diez a doce. Urgente.»

—¡Bah!—dijo Musquette—. Iré a probar fortuna. Soy joven y no más fea que otras. ya que este escultor, que pasa por ser uno de los primeros en su oficio, me toma como modelo para una Venus. De todas formas, eso me ha de resultar más agradable que el estar aquí inmóvil durante

horas y horas para ganar veinte francos. Hace tiempo que debería yo haber ensayado ese truco.

A las nueve y media de la mañana siguiente se encontraba en la puerta del establecimiento.

—¿Qué desea usted?—le preguntó el *regisseur* con tono poco amable.

Ella le dió cuenta de sus deseos.

—¡Ah!—dijo él—. ¿Vienes para lo de los conjuntos? Has llegado tarde. Era anteayer cuando debieras haber venido.

Ante el aire de desolación de Musquette, el hombre se humanizó.

—Desnúdate de todas formas—la dijo—. Ya veremos después.

Musquette se apresuró a obedecer.

Ante la soberbia figura de la muchacha, el *regisseur* no pudo contener su admiración, y dijo:

—Estás bien formada. Ven a las dos para el ensayo de la revista; veré si te puedo encajar en alguno de los cuadros.

Musquette se puso tan contenta que hasta se le olvidó preguntar qué era lo que acostumbraban a pagar en aquella casa.

A la salida envió un *pneu* al artista en cuya casa trabajaba, informándole que, habiendo encontrado un empleo en el *Molino Rojo,* no pensaba volver por el estudio.

Musquette no había tenido jamás suerte. Su contratación en el *Molino Rojo* parecía indicar que por fin iba a conocer la fortuna que hasta entonces

había huido de su lado, si bien es verdad que la chica tampoco la había perseguido hasta perder el aliento.

Pero estaba escrito que tampoco esta vez fuera Musquette afortunada. Una bronca tan escandalosa como seria habida entre los autores de la revista y el director del *music-hall,* hicieron que aquéllos se llevaran su obra, que, por otra parte, ya había empezado a ser anunciada.

Para Musquette fué aquello el desvanecerse de todas sus esperanzas.

Por último se consoló, pensando que en otra ocasión sería más afortunada.

Era jueves, día que Musquette tenía por costumbre ir a pasar la tarde en casa de uno de sus amigos llamado Verdeche, excelente muchacho, pero bohemio como pocos.

Musquette se presentó antes que de costumbre y le vió dedicado a la tarea de embadurnar una tela.

—¡Vaya! ¡Has venido!—exclamó él—. Excúsame, que en cuanto dé dos brochazos al cuadro soy contigo. ¿Siempre posando?

—No; he cambiado al tío Ebuchoir por el *Molino Rojo.*

—¿Te han contratado?

—Me habían..., para hacer de Venus.

—¿De Venus? Van a decir que no sabes hacer otra cosa.

—¡Y todo se ha venido abajo! La revista no será representada!

—¡Qué mala suerte!

—¡Hubiera resultado tan bello!

—Musquette, no te lamentes por tan poca cosa. Tú sabes bien que yo soy hombre de recursos. Lo que te acaba de suceder me ha dado una idea que nos proporcionará mucho dinero si la sabemos explotar. Tú vives en un quinto piso de la calle de Lepic; yo vivo también en la calle de Lepic, en esta jaula. ¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? Así pagaríamos un alquiler nada más.

—Me place la idea—dijo Musquette.

—¡Si lo hubiéramos pensado antes! En fin, henos aquí ya asociados. Ahora lo que se necesita es buscar un medio de ganar dinero. Ese me dio me parece que lo he encontrado. ¿Me entiendes, chiquilla?

—Te entiendo, chiquillo.

—Helo aquí: tú has posado como Venus y has estado a punto de representar otra Venus; tú eres, sin halagarte, tan bella como la mismísima Venus griega. En esas condiciones, lo más apropiado me parece que te conviertas en una Venus de verdad.

—¿Qué entiendes tú por eso?

—Que desde ahora tú serás la legítima Venus de la capital del mundo. Yo quiero que venga gente de todas partes del globo por verte. Tú eres la diosa moderna, más deslumbrante que la antigua, porque tienes la ventaja de estar hecha de carne

y hueso. Cuando lo sepan las multitudes, irán a verte y no serás admitida si no mediante un desembolso.

—¿Y cómo lo sabrán?

—Por la publicidad que haremos en los grandes diarios. Lo enojoso es que esa publicidad cuesta mucho dinero, y que por el momento no lo tenemos.

—Es verdad.

—Pero no importa. Persisto en mi idea. Ya se verá lo que pasa.





CAPÍTULO II

El abracadabrante proyecto fué puesto en práctica gracias a la tenacidad de su autor.

Verdeche se fué a buscar a uno de sus condiscípulos, que era publicista, y le expuso su idea.

—Amigo Tranchard—le dijo—. Es necesario que me ayudes a ponerla en práctica.

—Sea—dijo el otro—. Pero no veo en qué puedo ayudarte.

—Publicando una nota en tu periódico cuando llegue el momento. Arreglado esto, no me queda sino buscar el local en el que se ha de exhibir mi Venus.

—Yo no tengo ninguno que ofrecerte; pero me parece que eso no debe ser difícil de encontrar.

—Tú conoces mucha gente. ¿No conocerás algún Mecenas?...

—Me haces pensar en uno.

—¿Y quién es ese uno?

—El duque Hércules de Glander.

—Con tal nombrecito, todas las esperanzas que yo tengo parecerán pocas. Tranchard, me debes traer ese fenómeno al instante.

—Voy a procurarlo.

—Si lo logras, te ganarás una comisión.

—¡Ni lo digas! Un servicio de amistad no se paga.

—¿Y cuándo esperas ver al Hércules en cuestión?

—Hoy mismo. Ven aquí hacia las seis y tendrás la respuesta.

Verdeche se fué a contar a la futura Venus la conversación que había sostenido con el periodista. Ella se mostró encantada.

Cuando, a la tarde, el pintor volvió a ver a su amigo, le preguntó:

—¿Está hecho?

—Casi. En principio ha quedado aceptado.

—No sabes lo que te agradezco...

—Nada de palabrerías. El duque nos espera en el café de Lutecia. Está impaciente por conocer a Musquette.

En seguida los dos compadres se encontraron en presencia del duque de Glander.

—¿Usted es—dijo el duque a Verdeche—, por

lo que su amigo me ha explicado, el *menager* de esa Venus desconocida, desconocida y espléndida?

—Espléndida, señor duque.

—¿Podría yo verla?

—Ciertamente. Y usted, que es un buen conocedor de la belleza, calificará la suya en su justo valor.

—¿Y dónde podré verla?

—Donde le plazca y cuando usted quiera.

—Pues hoy mismo.

—Nada más fácil. Indíqueme lugar y hora, y ella será exacta a la cita.

—Puede ir a las seis y media al Gran Hotel y preguntar por el duque de Glander.

Verdeche dejó al duque con Tranchard y se fué directamente a la calle Lepic.

—Prepárate a toda marcha—dijo a Musquette—. Ponte encima lo mejor que tengas y fila para el Gran Hotel. El duque Hércules de Glander te espera a las siete y media.

—¿Cómo es el duque?

—Bastante bien. Un poco viejo; pero ha debido ser un gran tipo en su tiempo. Está impaciente por verte. Eso es de buen augurio.

El duque, para recibir a Musquette, había alquilado un gabinete particular. La acogió como un gran señor. Por otra parte, Musquette tenía aires de gran dama. Inmediatamente comprendió que le había hecho buena impresión.

Hércules no tardó en dejarse oír, y dijo:



Era el traje de luz un traje que sentaba a maravilla

—Venus, es usted bella como la misma diosa; pero la diosa estaba más ligeramente vestida que usted.

—Puedo adoptar su traje si usted lo desea—dijo Musquette.

—Se lo pido como un favor.

Musquette hizo caer sus ropas en un instante.

—¡Admirable!—pronunció él extasiado—. ¡Admirable!

La vista de Musquette le turbaba, por más que debiera haber visto encantadoras desnudeces femeninas.

Expresó su satisfacción con términos ampulosos:

—¡Oh, Venus! ¡Oh, belleza! ¡Qué emociones no eres capaz de proporcionar a los hombres!... El mirarte engendra la dicha. Deben ser los goces paradisíacos los que debe disfrutar el hombre a quien tú hagas la oferta...

Musquette pensaba:

«Te veo venir, vejete. Si quieres disfrutar de esas alegrías, tendrás que ayudarnos antes en nuestro asunto. Luego veremos.»

Sin esperar a que él se lo indicase, se volvió a vestir.

—¿Usted me hará el obsequio de cenar conmigo?—preguntó el duque.

—No sé si debo aceptar...

—¿Por qué?

—Yo he venido aquí con un fin determinado.

—Ese fin está conseguido, pequeña. Ha ganado usted mi voto, y le voy a dar la prueba de ello inmediatamente.

El duque de Glander sacó un *carnet* de cheques y una estilográfica.

—Recuérdeme el nombre de su *menager*—dijo.

—Verdeche.

El viejo llenó y firmó el cheque, tendiéndoselo a Musquette.

—Usted será tan amable que entregue esto de mi parte al señor Verdeche.

—¡Cincuenta mil francos!—exclamó ella.

—Eso es solo para empezar. Y ahora, ¿se quedará usted a cenar?

—No podría rehusárselo.

El mandó que les sirvieran la comida allí mismo. Apenas habían pasado de los entremeses cuando ya el duque y Musquette eran grandes amigos. No hace falta decir que Hércules hacía las cosas principescamente. Nada faltó en aquel festín, dado en honor de la nueva Venus. Ella se mostró alegre y él espiritual.

Al tomar el *champagne*, a Musquette le pareció que su acompañante parecía más joven y más fuerte.

En tal disposición de espíritu, las cosas se facilitaban. Aun no habían servido el café cuando ya la Venus se había entregado al Hércules. Final que, por otro lado, lo tenía éste previsto. Una hora más tarde, y con la ayuda de los licores, el duque pudo repetir su proeza.

Antes de separarse dijo a su conquista, deslizándole delicadamente un billete de mil francos:

—Esto para sus pequeños gastos.

La joven estaba un tanto confusa.

Se dieron una nueva cita.

Musquette se separó de Hércules absolutamente encantada.

No le faltaban motivos para estarlo.



CAPÍTULO III



BRDECHE estaba como si le hubiesen jubilado.

No esperaba lograr una suma tan considerable como aquella con que le había gratificado el duque.

—¡Cincuenta mil francos! ¿Qué iba a hacer con todo aquello? El, tan dueño de sí mismo de ordinario, se exaltaba al tener tanto dinero a su disposición.

Pasado el primer momento dijo a su amiga:

—Vamos a comenzar por festejar el feliz éxito de mi proyecto.

Informó a Tranchard del resultado obtenido y le invitó a que participara en el ágape.

El festín tuvo lugar aquella misma noche, en Montmartre, y fué digno de aquella que lo presidía: Venus.

* * *

—Ahora que ya hemos rociado el éxito de las gestiones encaminadas a lanzar a Venus, se trata de ocuparnos de su lanzamiento. La primera que hay que hacer es encontrar un local y amueblarlo.

Musquette señaló a Verdeche que los futuros espectadores no harían más que entrar y salir. Por consecuencia, sería un desfile y no haría falta una sala espaciosa.

—No se puede limitar el tiempo que han de contemplarte—dijo Verdeche—. La gente que paga quiere aprovechar su dinero.

—No querrás que yo me esté allí dos horas en actitud de estatua, para que me miren como se mira a las fieras en sus jaulas. Mi exhibición no debe tener nada de común con las de las mujeres de feria, que están en un estrado diciendo a todo el que pasa: «Yo soy la joven anunciada al exterior.»

—Somos de la misma opinión, y a mi manera de ver, he aquí cómo debemos proceder: se anuncia que Venus está visible a las doce de la noche. A las doce todos los espectadores encuentran la escena vacía. Cinco minutos después la orquesta ataca un aire lánguido y tú apareces entonces, todo lo desnuda que está una mujer sin ropa, y tomas diversas actitudes que permitan valorar tu belleza, y vuelves a tu camerino con paso lento y majestuoso. Eso es todo.

—Así está bien.

—¿Estamos de acuerdo?

—Completamente.

—Antes de dos días tendré el local.

En efecto, aquella misma tarde alquiló un inmueble en la calle Fontaine, y a la semana siguiente lo tuvo dispuesto para la inauguración.

Tranchard se encargó de redactar una carta de invitación para la Prensa.

El viernes siguiente los reporteros parasinos llegaban a la hora que se había anunciado a la calle Fontaine, donde Verdeche les recibió y donde encontraron al duque de Glander, al cual conocían la mayor parte.

Todo pasó según el rito convenido.

La orquesta, compuesta de seis ejecutantes, atacó el *Claro de Luna* de Werther, y la Venus desnuda apareció.

Se oyó un conjunto de exclamaciones admirativas que se prolongaron mientras Musquette estuvo en escena. Cuando se retiró, una tempestad de aplausos fué su despedida. Pero a los periodistas les esperaba otra sorpresa. En efecto, Verdeche les anunció que el duque les ofrecía un vino de honor.

En algunos instantes se colocó una mesa y afluyeron las botellas de *champagne*.

Musquette, en el somerísimo traje en que se había presentado en escena, fué a saludar a sus contempladores, que se colocaron a su alrededor para poderla admirar más de cerca.

Emanaba de su cuerpo un perfume turbador.

Emocionados, un poco más o un poco menos, se

hallaban todos al dejar el Templo de Venus; pero la culpa no era solamente del *champagne*. aunque había sido bebido en abundancia.

Al día siguiente se publicaron artículos elogiosos acerca de Musquette.

Venus estaba lanzada.

Simultáneamente, en la cartelera de espectáculos fueron publicados los anuncios redactados por Tranchard.

Verdeche estaba muy alegre.





CAPÍTULO IV

BIEN había inaugurado el instigador del Templo de Venus; la mar de gente acudió allí a la salida de los teatros y de los restaurantes nocturnos. Aquello iba bien.

Tres días habían pasado desde la inauguración del establecimiento y no eran pocas las cartas que habían llegado con la dirección de la «señorita Venus»; cartas inflamadas, solicitando una entrevista; cartas prometiendo riquezas por el mismo objeto; cartas indignas de los señores Pudor y Compañía.

—No ha sido sólo un éxito—decía Verdeche—. ¡Es un triunfo!

No exageraba.

Insaciables espectadores (a los cuales se debía haber facilitado un abono) volvían cada noche a ver a su ídolo; otros la esperaban a la salida para

aclamarla y por verla bien de cerca, aunque con un poco más de ropa.

Musquette montaba en su auto, y el chofer partía hacia un destino desconocido.

Después del ensayo general al que había sido invitada la Prensa, Musquette tenía su auto y su casita, un coquetón entresuelo en la calle Marboeuf.

Estas liberalidades se las debía al duque de Glandor, de quien se había convertido en amante oficial.

Una mañana, al repasar su correo, que de día en día se hacía más voluminoso, Musquette encontró una carta cuyo tono difería sensiblemente del que empleaban sus otros corresponsales.

La escritura era pesada e irregular; las faltas de ortografía que la esmaltaban probaban que su autor no era un académico.

Aquella misiva, en la que la ingenuidad y la sinceridad se mezclaban, estaba sellada en Yvetot. Verdeche la leyó con una atención que hizo sonreír a Musquette.

Decía:

«Farfeuilly-les Yvetot, a ...

»Señorita: He sabido que es usted la mujer más bella del mundo.

»Yo quisiera verla aparte, si usted lo consiente.

»¿Dónde hay que ir?

»Tomaré el tren de las doce y cinco, que me dejará en la capital a las tres de la tarde. Me quedaré para conocer la ciudad, que nunca he visitado. Mis medios me lo permiten. Envíeme su respuesta. Dándola las gracias, la abrazo por anticipado.—*Nepomucemo Tubuey.*»

Verdeche comentó:

—Al menos a éste se le ve venir, y él quiere verte aparte. Es una sesión privada lo que desea, y sin duda algo más. Además, te abraza por anticipado. ¿Qué será cuando llegue el momento? Se toma la molestia de decir que tiene medios. Me parece, Musquette, que con este mozo tendremos diversión en perspectiva.

—Quizá; pero yo no tengo el menor deseo de dejarme abrazar por ese desconocido. Que se quede en su pueblucho.

—Si no quieres, no te abrazará, y ni siquiera podrá verte; pero le vamos a hacer venir.

—¿Para qué?

—Le diremos a tu amiga Saby que se haga pasar por la señorita Venus a los ojos del señor Tubuey.

—Comprendo.

—Ella se encargará de que vea bien París... y Citerea.

Verdeche, al dejar a Musquette, se fué a Montmartre a casa de Gaby. Esta se hallaba todavía en la cama y salió en camisa a recibirle.

—¡Verdeche!—exclamó—. ¿Vienes a dormir a estas horas?

—No venía precisamente a eso; pero puesto que la ocasión se presenta...

—Musquette no se enterará.

Cinco minutos después Verdeche ya no estaba de pie, ni siquiera sentado.

La belleza de Gaby no podía rivalizar con la de Musquette, pero no dejaba de ser muy apreciable, y Verdeche la apreció como convenía.

Llegado el momento expuso a su compañera ocasional lo que esperaba de ella. Gaby, al dictado de Verdeche, escribió a Nepomucemo Tubuey:

«París, a ...

»Querido amigo: Yo también tengo deseos de verle.

»Venga tan pronto como pueda.

»Indíqueme el día y la hora de su llegada, a fin de que yo le espere en mi casa, cuya dirección le incluyo.

»Besos de *Venus*.—260 rue Lépic, París.»

* * *

Al día siguiente, Gaby, que había prevenido a su portera de su cambio temporal de nombre, recibió la respuesta siguiente:

«Querida amiga Venus: Puesto que la cosa es así, tomaré el tren de las ocho y treinta y nueve en Yvetot, para dirigirme a su casa.



—No nos causará un perjuicio formidable...

»Le llevaré un pequeño regalo del país.

»La vuelve a abrazar su servidor, que piensa en usted, *Nepomucemo Tubuey.*»

Puesto al corriente por Gaby de la llegada de Nepomucemo, Verdeche dijo:

—Quiero asistir a la presentación de ese sujeto. Debe merecer la pena el ser testigo de sus primeras expansiones.

—Eso no será muy cómodo—le hizo observar su rubia amiga—. Si te encuentra en mi casa no sabrá qué decir.

—La alcoba vecina a la tuya, ¿no está libre?

—Lo está sin estarlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que la alquilan por la jornada. Por horas, si lo prefieres.

—En ese caso, la voy a retener para el viernes...

—¿Y? ...

—Y haré un orificio en la pared, un orificio que me permitirá ver sin ser visto.

Gaby y Verdeche se fueron al café para consultar la guía de ferrocarriles, pues si bien Tubuey había comunicado la hora de salida, no había dicho nada de su llegada a París.

El indicador la señalaba para las doce en punto.

—Mientras llegue a tu casa serán las doce y media—dijo el pintor.

—Muy bien; así podremos almorzar a la una.

Las cosas sucedieron tal como las habían previsto.

Tubuey se hizo conducir en coche a la calle Lépic. Informado por la portera de qué piso era, comenzó a subir sin prisa las escaleras que conducían a la habitación de Gaby.

Al oírle subir, la rubia Venus abrió la puerta cuando él estuvo sobre el descansillo.

—Buenos días, querido amigo—le saludó con una sonrisa.

—Buenos días, señorita—respondió él un poco confuso.

—Entre. Como si estuviera en su casa...

Cuando Gaby hubo cerrado la puerta tras él, el mozo dejó en el suelo un enorme cesto que llevaba en el trazo y dijo:

—Es usted bella..., verdaderamente bella.

—¿Le agrado?

—Sí. Va a ser necesario que la bese.

Dió tres sonoros besos en las mejillas de Gaby.

—¡Qué bien huele usted!—exclamó.

Admiró su garganta, sus brazos desnudos ..

Por su parte, ella examinaba a aquel aldeano, joven, soberbio, respirando fuerza y salud, pero cuya ingenuidad se adivinaba.

—Siéntese—le dijo—. ¿Ha hecho usted buen viaje?

—Sí—respondió él apoderándose del cesto y empezando a sacar legumbres: rábanos, nabos, una berza de Milán, etc...

—Todo esto—explicó—es mío. Lo he cultivado yo.

Sacó luego un paquete de manteca, un frasco de mermelada y, por último, un melón.

Gaby hacía como que se extasiaba, aunque en el fondo tuviera que hacer esfuerzos para no reírse. En la alcoba vecina Verdeche hacía también lo posible para no reír.

—Nada es demasiado para la mujer más bella del mundo—repetía el aldeano.

—¿Cómo darle las gracias?

—No me tiene que dar las gracias. Lo que puede hacer es besarme.

Gaby, sin hacerse rogar, se sentó sobre las rodillas y le dió una serie de besos que no tenían nada de platónicos.

El efecto que ella esperaba no se hizo aguardar.

No tardó, por tanto, en tener la prueba de las proezas que era capaz de acometer aquel aldeano, que la abrazaba oprimiéndola de una manera significativa.

CAPÍTULO V



UBUEY pasó una noche deliciosa y extenuante en la alcoba de Gaby.

La rubia Venus le aconsejó a la mañana que se fuera a dar una vueltecita mientras ella terminaba de reposar y que fuera a buscarla a la hora del almuerzo.

El se vistió sin decir palabra, la besó y se fué.

En el restaurante donde había estado el día anterior se hizo servir el desayuno. Después, no sabiendo hacia dónde dirigir sus pasos, se paseó por los alrededores.

En un momento se vió en la calle Fontaine. Llamó su atención un rótulo que decía:

«Templo de Venus».

—Es raro—se dijo—. Mi buena amiga (su buena amiga era Gaby) no me ha hablado de este Templo de Venus. ¿Será suyo? ¿Y qué es lo que

se puede hacer en este templo? Desde luego no parece un templo protestante...

Después de vacilar un poco se decidió a entrar en un café que estaba enfrente. Se sentó en un rincón y pidió un vaso de Calvados. Cuando el mozo lo hubo servido, le preguntó a media voz:

—¿Podría usted decirme qué es ese templo?

—El Templo de Venus—le respondió el otro.

—¿Y para qué sirve?

—Es una especie de teatro, que no abre sus puertas hasta las doce de la noche.

—¿Y qué es lo que se ve en ese teatro?

—Una mujer a quien llaman Venus y que pasa por ser la más bella entre las bellas.

—¿Usted la ha visto?

—Sí; y merece su reputación.

—¿De qué color tiene los cabellos?

—Negros, muy negros.

—¿No es rubia?

—No, señor.

—¿Va mucha gente a verla?

—Una multitud. Como no lleva vestido sobre sí...

—Es raro de todas formas.

—Si usted pasa por el barrio esta noche, vaya al Templo de Venus. Merece la pena.

—Sí; pienso venir. Quiero ver de cerca a esa señorita Venus. Gracias por el informe.

Tubuey se puso a reflexionar. Llegó a esta conclusión: «Venus, la única Venus, era rubia y no

morena. Venus se hallaba con él a las doce de la noche; luego no podía hallarse en el templo que llevaba su nombre. La morena que pretendía ser Venus no era más venus que él mismo».

Dos clientes fueron a sentarse cerca de Nepomuceno. Hablaron precisamente de Venus. El aldeano prestó oído atento a la conversación.

—Amigo—decía uno de ellos—; yo la he visto de cerca. Cosa estupenda. Preferiría que me encerraran con ella que con tu abuela; te lo garantizo.

—¡La de vivos que querrán vivir a su costa!

—Lo contrario. ¿Tú sabes quién la entretiene?

—No.

—Un duque.

—¿Con dinero?

—Millonario.

—Si yo estuviera en el puesto de ese tipo no la dejaría exhibirse así en el escenario. ¿Y es joven el duque?

—Tiene más de sesenta años.

—¿Y crees que a la chica no le falta nada? Lo dudo.

—La chica, como tú insinúas, ha encontrado lo que le falta por otra parte.

—El duque de Glander no se contenta con mirarla a lo blanco del ojo, según se afirma.

—Mejor para él.

—Sólo que como, a su edad, la Venus necesita

varios duques de Glander, le ha agregado un amante de corazón...

—Me lo suponía.

—Mucho más joven.

—No se debe aburrir el amigo. ¿Quién es el afortunado?

—El director del Templo de Venus.

—¿Verdeche?

—Verdeche, un simple embardunador de cuadros que se moría de hambre en Montmartre y que ha tenido la idea de lanzar a esa chica bautizándola Venus por las necesidades de la causa. Ganan todo lo que quieren con este truco.

Tubuey, que no había perdido una sola sílaba del diálogo, se dijo: «Me han tomado la cabellera. La señorita Venus de la calle de Lépic no es la verdadera. A mí me gusta; pero me parece que está de acuerdo con Verdeche. No tardaré en saberlo».





CAPÍTULO VI

No regresó el aldeano durante la jornada.

A las once de la noche se fué a Montmartre. Se instaló en la terraza de un café y esperó a que fuesen las doce menos cuarto. Entonces, con paso tranquilo, se dirigió a la calle Fontaine.

A la puerta del famoso templo había una gran cantidad de gente, la mayoría bastante *chic*. Se mezcló entre ellos.

Cuando abrieron las taquillas fué uno de los primeros en tomar su entrada. Dentro del templo se encontró admirablemente colocado en una silla de orquesta para ver a Venus.

La vió, en efecto, muy bien y convino en que ésta era más bella que la otra.

Se acabó de convencer. La Venus, la auténtica

tica Venus, con la que él había soñado en su pueblucho normando, era la morena.

Verdeche estaba cerca de la puerta, y el aldeano se le acercó.

—¿Podría hablar con usted unas palabras, señor Verdeche?

—No es éste el instante...

—Comprendo; ahora tiene usted prisa por ir a reemplazar al duque de Glander.

Verdeche se sobresaltó.

—Está usted equivocado, señor—le respondió.

—Nada de eso.

—No tengo tiempo de discutir. Vaya a verme mañana al restaurante. Allí hablaremos.

* * *

A Verdeche aquello no le hacía gracia.

Había que encontrar para el día siguiente una explicación verosímil. Tubuey parecía estar bien informado.

En el auto que le conducía a casa de Musquette, su amiga y asociada, en la que, como los demás días, iba a pasar el resto de la noche, Verdeche estaba pensativo.

Estaba Musquette tomando su baño cuando él entró. Se fué derecho al cuarto de baño, en el que no entraba nunca.

—¿Qué te pasa?—le preguntó la joven—. Parece que estás preocupado.



Venía a lo mismo que antes.

—Pasa que ese bárbaro de Tubuey, ¿sabes?

—Sí, el que está en casa de Gaby.

—Pues ha ido esta noche al Templo, y a la salida me ha abordado.

—¿Acerca de la existencia de una segunda Venus?

—Precisamente. Y no sé cómo arreglarlo, porque lo más curioso es que no ignora nada de nuestras relaciones y me ha citado el nombre del duque. Tengo que desembarazarme de él y mandarle a su aldea.

—Lo mejor hubiera sido que no le hubieses hecho venir. Y Gaby, ¿qué piensa de todo esto?

—Lo ignora en absoluto. Tendré que prevenirla.

A decir verdad, Verdeche estaba inquieto cuando se encontró frente a Tubuey.

—¡Vaya!—exclamó el aldeano—. Ahora tendrá usted menos prisa que anoche cuando salió disparado hacia la casa de esa encantadora señorita Venus.

—¿Quién le ha dicho a usted eso?

—Es cuenta mía; pero estoy bien informado. Todo eso me da igual. Aquí hay un hecho cierto: que usted me ha engañado. Se me ha escrito para que venga a ver a la señorita Venus; debían haberme advertido que había dos. Yo hubiera elegido la que más me hubiese gustado. Mientras que la que me dan no es la verdadera, aquella a quien yo había escrito. Y como usted es el director del Templo, es usted quien me ha falseado la mercancía. La falsa Venus se ha mostrado gentil conmigo; también yo le he dado los regalos que traía de mi país, y como yo sé lo que es la caballerosidad, le voy a enviar un billete de cien francos como compensación del tiempo que ha perdido conmigo.

—Es un bello gesto por su parte.

—Quisiera saber lo que hubiera usted hecho en mi lugar.

—Dejémoslo, Tubuey. Aquí tiene usted mil francos a título de compensación también. Acéptelos, que se los ofrezco de buena gana.

El aldeano no los quiso coger.

—Dinero—dijo—quizá tengo yo más que usted. Lo que yo quiero es otra cosa.

—Dígalo.

—Yo quiero, aunque no sea más que para una vez, a la señorita Venus.

Verdeche no encontró expresión que manifestara su asombro.

—Estoy en mi derecho—exclamó Tubuey

—Ni lo piense...

—Desde ayer no pienso en otra cosa.

—Es una insensatez.

—Nada de eso. He salido de mi pueblo exactamente para lograrlo y no quiero marcharme con las manos vacías.

—Ya sabe usted que eso es imposible.

—Si es imposible de grado será posible de fuerza.

—Usted bromea.

—No bromeo. La cosa quizá no resulte bien ni para usted ni para el duque...

—¿Pero usted cree que Venus consentirá?...

—Usted se encargará de decidirla.

—Vale la pena de reflexionar.

—Está ya todo reflexionado. Y además, que no esperaré a la semana próxima. Es preciso que la cosa se haga rápidamente.

—Me contraría usted, querido Tubuey.

—Es posible; pero yo no renunciaré a mi proyecto. Iré a buscar su contestación esta noche al Templo de Venus.

—No, no vaya al templo. Voy a pensarla y mañana le traeré aquí mismo la respuesta.



CAPÍTULO VII

QUÉ ocultaban las amenazas del aldeano? Verdeche se lo preguntaba con cierta angustia.

—Para mí—decía Gaby, que se hallaba con el pintor en el café de los Payasos—que ese hombre es capaz de armar un escándalo en tu establecimiento.

—Eso nos causaría un perjuicio formidable. Pero tú te imaginarás que Musquette no va a ceder a los caprichos de ese rústico; y yo. menos que ella. ¡Qué idea idiota tuve al hacerle venir a París!

—Si no se tratara más que de volver a sustituir a Musquette, yo me prestaría con gusto—dijo Gaby—; pero como él nos conoce ya a las dos... ¡Pobre Verdeche!

—Tienes razón para compadecerme. Si con eso se pudieran arreglar las cosas... Musquette, con-

sagrando una gran parte de sus tardes al duque, no me ha dado oportunidad de comunicarle aún el incidente.

Cuando Musquette conoció las exorbitantes pretensiones de Tubuey se quedó tan absorta como su amante, y aunque ambos se exprimieron las meninges en busca de una solución, no la encontraron.

—Estamos en un callejón sin salida—dijo él—. Y es preciso que salgamos.

—Saldremos.

—Pero nos faltan los medios para salir.

Durante toda la noche Musquette estuvo pensando la manera de salir del atolladero. Al llegar la mañana dijo a su compañero de lecho:

—¿Has encontrado la solución?

—Yo, no. ¿Y tú?

—Quizá.

—Habla pronto.

—Tú no has conseguido convencer a Tubuey.

—Ni lo conseguiré jamás.

—¿Y quién te dice que no lograré convencerle yo?

—No sé...

—Quien nada arriesga nada consigue.

—Verdad. ¿Qué piensas hacer?

—Con tu consentimiento, ir en tu lugar a la cita y procurar contentarle con buenas palabras.

—Si crees que son únicamente buenas palabras lo que espera de ti...

—Claro.

—Y supongo que no habrás pensado...

—Déjame y verás.

—A pesar de todo, tengo confianza en ti. Vete a ver a Tubuey, y que tengas más suerte que yo es lo que te deseo.

* * *

Indescriptible fué el asombro que experimentó Tubuey viendo entrar a Musquette (a la que reconoció al instante, por más que la muchacha estuviese un poco más vestida que en el Templo) en la sala del restaurante donde esperaba la llegada de Verdeche.

Ella le buscó con la mirada, y habiéndole apercibido se dirigió hacia él.

Antes de que Musquette llegara se levantó el aldeano para saludarla.

—El señor Tubuey, ¿verdad?—preguntó ella.

—El mismo; para servirla, señorita—respondió él.

—¿Adivina usted quién soy?

—Lo sé. Tómese la molestia de sentarse. ¿Quiere usted honrarme tomando algo?

—Una copa de Oporto...

El aldeano llamó al camarero y le mandó servir la copa de Oporto que había pedido Musquette.

La chica le miró de reojo y le pareció que estaba muy lejos de ser el bruto que le había descrito Verdeche.

—¿No esperaba usted que fuera yo quien se presentara?

—No; pero la prefiero mil veces al que estaba esperando.

—¿Y por qué?

—Porque el señor Verdeche no me interesa un pepino, mientras que usted...

—¿Cuántos pepinos le intereso yo?

—Usted me interesa porque es una mujer graciosa y porque desde que la vi la otra noche en el Templo de Venus no hago más que pensar en usted.

—Si todos los que me ven...

—No siga. Yo he venido a París expresamente por usted.

—Me siento halagada; sólo que...

—Y no puedo creer que tenga usted el corazón de mármol.

—Una prueba de que no es que sabiendo que quería usted verme más cerca que en el Templo he venido.

—Y yo se lo agradezco mucho. Es un gran placer el que me proporciona. Si usted tuviese un poco de compasión de mí haría durar un poquitín más ese placer.

—Me gustaría estar un rato más de conversación con usted, pero no puedo prolongarla mucho.

—Es usted la bondad misma.

Musquette no podía disimular que se encontraba junto a aquel hombre mucho más a gusto

de lo que había supuesto al hacerse cargo de la comisión.

Chocó su vaso con el del aldeano.

—A su salud, señor.

—Yo bebo a la suya, señorita. ¿No adivina usted qué es lo que me agradaría?

—No.

—Que usted me hiciera el honor de quedarse a comer conmigo.

Ella sonrió sin responder.

—¿Qué dice?

—Puesto que parece que esto le hace feliz... —dijo Musquette.

Aunque Nepomuceno no fuera parisino, en los tres días que llevaba en la capital había aprendido un montón de cosas. No ignoraba que un señor que invita a una dama en el restaurante en las condiciones que él acababa de hacerlo, pide un reservado para que durante la comida no tengan nada que temer de los intrusos.

En la mesa lo primero que admiró fué el formidable apetito de su anfitrión, apetito que se le contagió a ella.

Nada faltó en aquella comida, que fué rociada con vinos finos.

Al llegar el champagne, Tubuey le parecía encantador. Psicólogo, aunque no lo pareciera, el aldeano le supo dar un beso en el momento preciso.

Musquette perdió terreno virtual y voluntaria-

mente; pero aun tuvo fuerza para no sucumbir en aquel reservado de restaurante.

La fuerza suficiente para marcharse los dos juntos a un hotel de las cercanías.

* * *

Musquette no había asistido nunca a una fiesta de amor como aquélla. Se sentía feliz y maravillada.

—¿Piensas volverte a tu pueblo?—le preguntó a Tubuey.

—No—le dijo él—. Estaré en París todo el tiempo que pueda.

—¿Nos veremos todos los días?

—Todos los días. Pero ¿dónde?

—En mi casa.

—¿Y el duque?

—El duque va a visitarme a las cuatro de la tarde. A visitarme nada más...

—Para lo demás está Verdeche.

—No digas eso. Somos como dos hermanos.

—Prefiero creerlo que verlo. Con tal de que yo tenga mi parte.

—Tendrás la parte del león. ¿Irás mañana?

—¡Ya lo creo!

—Es en el número 300 bis de la calle Marboeuf. Vete al mediodía. Comerás conmigo. Hasta las cuatro tendremos tiempo...

CAPÍTULO VIII



Musquette se le hizo tarde en los brazos de Tubuey.

Cuando llegó a su casa, su camarera le anunció que el duque de Glander la estaba esperando.

—¡Cuánto lo lamento!—le dijo al duque—. Se me olvidó decirle ayer que pensaba salir.

—El que hayas venido es lo principal. Hubiera lamentado mucho que no vinieras, porque precisamente hoy me siento en particularísimas condiciones... ¿Sabes lo que quiero decir?

—Muy bien.

Después de las horas que acababa de pasar junto al aldeano no se hallaba en disposición para divertir a Hércules. Pero allí no quedaba más recurso que poner a mal tiempo buena cara.

Musquette se alegró cuando Hércules se hubo marchado. Esto le permitió reposar un poco.

Verdeche se presentó a las siete de la tarde.

Musquette no se acordaba que le había convidado a cenar para darle cuenta del resultado de su entrevista con Tubuey.

Su primera pregunta fué :

—¿Qué tal se ha pasado?

—A maravilla—contestó ella con aplomo

—Tanto mejor. Cuéntamelo.

—Simplemente. Le he sabido agarrar por el sentimentalismo.

—Es decir...

—Que le he halagado en su vanidad de hombre y no ha insistido. Unicamente me ha pedido que le dejara que me besase la mano.

—Muy bien. Déjame que me ría.

—Yo no podía negarle esa minucia.

—Entonces, ¿no hay nada que temer?

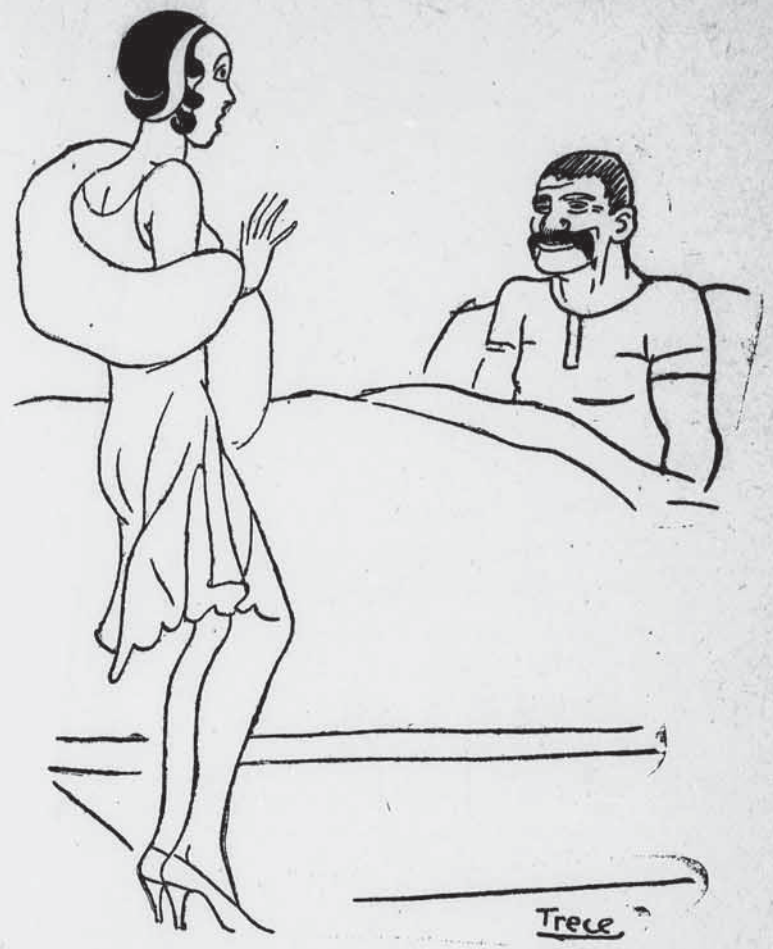
—Nada. Se ha vuelto a su aldea.

—Musquette, eres un ángel, y puedes vanagloriarte de haber trabajado bien.

Musquette estaba encantada de que Verdeche aceptara con tanta credulidad sus embustes. Sin embargo, un temor la inquietaba : el de que el espíritu fantástico de Nepomuceno no le llevara aquella misma noche al Templo de Venus para admirar una vez más lo que había hecho más que admirar al mediodía.

Felizmente, aquel temor no resultó fundado. Tubuey permaneció invisible.

Pero al término de una jornada tan agitada, la



El Trigou disipó pronto su sorpresa.

señorita Venus se hubiera considerado feliz de haberse visto sola en su alcoba. Pero como Verdeche no tenía las mismas razones que ella para desear la soledad, tomó su plaza acostumbrada.

Aquella noche el pintor se encontraba justamente en humor, lo que era enfadoso para la joven. La muchacha dió tan pocas pruebas de ardor, que Verdeche, en su fuero interno, le echó la culpa al duque.

«Ese viejo se coge la mejor parte—se dijo—y no me deja más que las sobras.»

Pobre duque. Cómo le calumniaban.

* * *

Al día siguiente Tubuey, recién afeitado y perfumado, se presentó en casa de su leona.

Elisa, la camarera—que en realidad era una criada para todo—, le introdujo en el salón.

—La señora le ruega que la espere—le dijo—. Estará aquí dentro de un instante.

—Bueno—dijo el aldeano, sentándose en un canapé.

Se puso a examinar la alcoba; la encontró lujosa.

Pasaron algunos instantes y Musquette apareció. El se levantó de un salto y se dirigió hacia ella. Ambos se lanzaron en brazos el uno del otro y terminaron por besarse.

—Es hora de sentarse a la mesa—dijo Musquette—; pero me parece que tomarías muy bien a guisa de aperitivo lo que pensarás tomar como digestivo.

—Seguramente—afirmó Tubuey.

—Ven, mi león.

Le llevó a su alcoba, donde tomaron no uno, sino dos aperitivos.

Elisa, que se había preguntado qué iría a hacer aquel individuo en la casa en que ella servía, no se lo tuvo que preguntar por mucho tiempo. Por el ojo de la cerradura pudo ver lo que había ido a hacer Nepomuceno.

«Al menos, éste—pensó—es más expeditivo que el duque.»

El asombro de Elisa fué aún mayor cuando, al terminar el almuerzo, Musquette y Tubuey volvieron a encerrarse.

«Eso no es un hombre; es un volcán», decía la chica.

A las tres y media juzgó Musquette que ya era hora de que el aldeano se marchase. En el momento en que Tubuey iba a salir sonó el timbre de la puerta.

—Es él—dijo ella—. Escóndete en la cocina.

Nepomuceno fué a esconderse y Elisa a abrir la puerta.

En cuanto dió entrada al duque volvió junto a Nepomuceno.

—¿Es el duque?—preguntó éste.

—Sí. ¿Le conoce usted?

—Ni tengo ganas de conocerle.

—Usted es más joven que él.

—Seguramente.

—Si yo fuera la señora, no vacilaría entre uno y otro. Porque usted es más joven y más fuerte.

—¿En ese caso, usted mandaría al viejo de paseo y...?

—Y retendría a usted.

—Sin ocuparnos del viejo, podríamos hablar un poco nosotros dos.

—Hablemos.

—Es usted muy simpática.

Cogió a Elisa entre sus brazos vigorosos y se la sentó sobre las rodillas. Luego se puso a besarla y hacerle caricias. Elisa, lejos de protestar, se prestó voluntariamente a aquel juego.

—Qué lástima que esto sea una cocina—dijo Tubuey.

—Podemos ir al salón—dijo Elisa—. La señora está demasiado ocupada para ir a molestarnos.

—Buena idea.

Algunos instantes después Elisa y Tubuey se encontraban sentados y fatigados en el canapé del salón.

—¿Vas a venir mañana?—le preguntó ella.

—Mañana, y al otro, y al otro.

—Mejor. Así podremos vernos.

—Podremos vernos antes.

—Esta noche, después de cenar, estoy libre.

—En ese caso...

—Es que tengo que regresar a casa a la una, para cuando la señora vuelva.

—Hasta las doce nos divertiremos. En mi hotel nos podremos ver.

—Iré. ¿Dónde está tu hotel?

—En la calle de Roma, 522.

—A las nueve lo más tarde me tienes allí.

Elisa se presentó en el hotel a la hora indicada. Nepomuceno la estaba esperando.

—¿No sabes—le dijo—que la señora está inquieta?

—¿Por qué?

—Porque el viejo tiene sospechas. No había hecho la cama después que tú te fuiste y estaba toda revuelta. Le ha dicho al duque que estaba fatigada y que se había acostado...

—Conque le hubiera mandado a paseo bastaba.

—¡Pero si es él quien la sostiene! Probablemente te dirá mañana que no vuelvas por la casa.

—Me da lo mismo.

—¿Eso no impedirá que nosotros dos nos veamos?

—¿Quién nos lo va a impedir? Tú no tienes más que venir todas las tardes como hoy.

—Tanto mejor; porque, además, la señora ha sospechado...

—¿De qué?

—De lo que hemos hecho. Está persuadida de que te hallabas conmigo en el salón.

CAPÍTULO IX



ABÍA transcurrido el tiempo para Elisa, en la alcoba de Tubuey, sin que la muchacha se diera cuenta. Era más de la una cuando salió del hotel. Tomó un taxi para llegar a la calle Marboeuf. Llegó tarde. Musquette acababa de regresar, sin encontrar a su camarera.

—¿De dónde viene usted?—la interpeló.

—Del dáncing—respondió Elisa—. Se me ha hecho tarde. Excúseme la señora.

—Me parece que usted ha danzado, pero no en público. Y su bailarín habrá sido el señor que le ha dado en el salón una lección de baile.

—La señora se equivoca...

—Está usted todavía impregnada de su perfume.

—En el dáncing hay perfumes de todas clases.

Musquette no quiso insistir.

Estimaba en mucho la discreción de Elisa, y si le hubiera hecho demasiados reproches la muchacha hubiese terminado por quitarse la cofia y tirársela a la cara.

La llegada de Verdeche puso fin al incidente.

Al día siguiente fué Musquette en persona la que salió a abrir a Tubuey, al que había dado cita para las dos de la tarde.

—No puedo recibirte—le dijo—. Vete a esperarme al café de la calle Crucelles, que voy a buscarte al momento.

Musquette llegó al café poco después de él.

—Estoy angustiada—le dijo—. Figúrate que ayer el duque me hizo una escena...

—A mí no me pudo ver.

—No te vió; pero sintió tu perfume, del que estaba llena toda la casa. Yo terminé por convencerle de que un hombre no hubiera usado perfume tan fuerte y que se trataba de una amiga que tenía la manía de los aromas violentos. De todas formas hay que desconfiar. Hoy se presentará todavía antes que ayer...

—Por lo que dices, no estás libre esta tarde.

—Libre por completo. Sólo que es preferible que nos veamos en otro sitio. Si quieres, podemos ir muy cerca de aquí, a un hotel. Estaremos allí una hora.

—¿Una hora?—protestó Tubuey—. Eso no es nada. No merece la pena.

Ella le miró sorprendida.

—Me parece que en una hora...

—Sí—precisó él—, se pueden hacer muchas cosas. Solamente que cuando mejor estemos tendrás que irte a buscar a tu duque. ¡No!... Inútil.

De nuevo le miró ella, preguntándose qué mosca le habría picado.

En realidad, Tubuey se resentía de los excesos de la víspera y pretendía con excusas no dar a Musquette lo que ella pedía. Ella, adivinándole, le tendió una trampa.

—El pobre duque, a quien tú acusas, es incapaz de lo que piensas.

—Entonces, ¿por qué está celoso de que otro lo sea?

—Nunca está celoso.

—Muy celoso.

—¿Cómo puedes tú saberlo?

—Lo sé.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie.

—¡Mientes! Te lo ha dicho Elisa.

—¿Quién es Elisa?

—Mi camarera, con la cual me jugaste ayer una mala partida en mi salón mientras yo estaba con el duque. Elisa, a quien anoche retuviste hasta una hora avanzada.

—Yo no tengo necesidad de tu Elisa para saber que tu viejo es celoso. ¿Tuve yo necesidad ni

de ti ni de tu Verdeche para conocer que me había engañado sobre quién era la señorita Venus?

El argumento tenía su valor, y como Musquette comprendió que en el fondo aquella discusión resultaba estúpida,

—Quizá tengas razón...—dijo.

—Conmigo, o todo o nada. O vamos a tu casa ahora mismo o no hay por qué seguir hablando.

—¿Me abandonarías?

—Yo soy así. Elige entre tu Hércules o yo.

Musquette no podía vacilar en la elección.

—Ya lo he dicho—dijo—. ¡Adiós!

Se levantó, y sin tomar la consumación que se había hecho servir, se fué sin volver siquiera la cabeza.

Tubuey, estupefacto, la vió partir.

«He hecho una bobada—se dijo—. He debido aceptar lo que me ofrecía. ¿Qué me puede importar, después de todo, que sea en su casa o en otra parte?»

Reflexionó sobre la situación que acababa de crearse. Ciertamente que Elisa era susceptible de proporcionarle grandes alegrías, pero era ridículo enfadarse con la que estaba calificada como la mujer más bella del mundo.

Musquette se hallaba ya lejos y no había ni que pensar en alcanzarla.

Tubuey pasó una parte de la tarde pensando en la tontería que había cometido. Por fin entró en un despacho y escribió el siguiente «pneu»:

«París, a ...

Mi leona bien amada:

Es preciso que me perdones mi vivacidad.

Ha sido el exceso de amor el que la ha motivado. Comprendo que retengas al duque; solamente que me resulta vejatorio el que pueda entrar y salir en tu casa como le parezca, impidiéndome el que vaya a verte.

Después de todo, ¿qué le vamos a hacer?

Nos veremos donde tú quieras. Responde pronto para decirme que me perdonas e indicarme el lugar donde nos hemos de ver mañana.

Te besa tu león, que te ama,

Tubuey.

Calle de Roma, 522.»



CAPÍTULO X



la hermosa Venus le había verdaderamente contrariado la actitud de Tubuey en el café de Curcelles. Cuando, al llegar a su casa, le comunicó Elisa que había un «pneu», se alegró y corrió a leerlo.

—No ceno aquí esta noche—dijo a Elisa—. Si quieres ir al dáncing, procura volver antes que ayer.

Cuando Musquette se hubo marchado, Elisa comió de prisa y se fué también.

¿Dónde iba a ir sino a casa de Tubuey, con quien estaba citada?

Musquette, por su parte, se hizo conducir en auto a las señas que llevaba el «pneu».

Allí le dijeron que Tubuey estaba en casa.

Apenas había llamado a la alcoba de Nepomuceno cuando se abrió la puerta.

—¡Eres tú!—exclamó él—. Oh, ya sabía que me perdonarías...

—Vengo a traerte el perdón—respondió ella.

Se besaron.

—¿Vas a venir a cenar conmigo?—invitó Musquette.

—Ya lo creo; pero antes quisiera...

—Te comprendo.

El aldeano probó una vez más a su leona que era un espíritu fuerte.

Después de cenar regresaron al hotel.

* * *

Dos golpes secos dados en la puerta les turbaron.

—¿Quién será?—le preguntó Musquette.

—Nada... Alguien que se habrá equivocado de puerta—balbuceó él, que se acordó repentinamente de que tenía citada allí a Elisa.

Llamaron de nuevo.

—Voy a ver—dijo Tubuey—. Escóndete bajo la sábana.

Muy enojado, fué a abrir.

Era Elisa.

Se puso en los labios un dedo recomendándole silencio, y luego exclamó:

—Chis...

Pero Elisa se había adelantado, diciendo:

—¡Cómo me has hecho esperar!

Reconociendo la voz de su camarera, Musquette sacó la cabeza y se sentó sobre la cama.

Elisa, al verla, exclamó:

—¡La señora!...

—Sí—dijo Musquette—. Entre, que tengo que hablarle.

Tubuey dejó entrar a la doméstica.

—¿Qué viene usted a hacer aquí?—le preguntó la Venus.

Elisa, furiosa de veras, suplantada por su patrona, le respondió:

—Venía a lo mismo que usted.

—Pues éste no es su sitio.

—Lo es, sólo que usted me lo ha robado.

—¿Robado? Si entre nosotras dos hay una ladrona lo es usted. El señor me pertenece y usted me lo usurpó ayer.

—Con su consentimiento.

—Pero no con el mío.

—¿Necesitaba pedirle permiso a usted? ¡Qué graciosa!

—Usted se olvida con quién está hablando.

—Con mi patrona desde luego que no. ¿No pensará usted que voy a continuar a su servicio después de la marranería que me ha hecho? Voy a hacer mi maleta y volveré a que usted me pague. En cuanto a usted, señor Tubuey, es un solemne mulo.

Tubuey hizo un vago gesto de excusa.

—Divertiros los tórtolos—añadió Elisa.

Cuando la doméstica se marchó, Tubuey fué feliz al ver que Musquette no le ponía mala cara.

—¿Me prometes que me permanecerás fiel en lo sucesivo?—le preguntó la Venus.

—Te lo juro.

—Pues démonos prisa, que he de estar preparada para la exhibición en el Templo. Esta noche te vienes a mi casa después de la función.

—¿Y Verdeche?

—Le he plantado a la puerta. Por tanto, todas las noches podremos vernos.

* * *

Llevaba Tubuey quince días en París y no se puede decir que se aburriera; pero las aventuras amorosas le habían hecho olvidar a sus parientes. No fué sino al cabo de una semana cuando les escribió para darles cuenta de los esplendores de la capital. Le respondieron felicitándole por lo que se divertía, pero invitándole a que regresara, porque tenían necesidad de él, ya que el trabajo apretaba.

Los Tubuey esperaron en vano el regreso de su retoño.

—Pueda ser que no haya recibido nuestra carta —opinó la madre—. Como París es tan grande...

—Yo tuve cuidado de poner bien la dirección —dijo el padre.

—¿No le habrá pasado algo?

—Eso lo voy a saber en seguida, porque voy a coger el tren de París.

En efecto; un tren dejó al padre de Nepomuceno en la estación de San Lázaro, y desde allí se hizo conducir en un coche al hotel de la calle de Roma. Apenas hacía diez minutos que había salido Musquette de allí cuando él se presentó.

Se adivinará el asombro de Nepomuceno al ver a su padre.

Después de cambiar varias palabras, el viejo dijo:

—Mira. Vamos a almorzar y después hablaremos.

Cuando hubieron terminado de comer y beber los dos Tubuey subieron nuevamente a la alcoba de Nepomuceno.

—Ahora—dijo el viejo—haz tu maleta.

—¿Mi maleta?

—Sí, y date prisa. En casa hay mucho trabajo. No deberás nada en el hotel, ¿verdad?

—Al contrario; tengo pagada una semana de anticipo.

—Bueno. Pues en marcha. Puedes decir adiós a la capital. El tren para Yvetot pasa justamente dentro de media hora. Tienes el tiempo preciso para cogerlo.

Un taxi los llevó a la estación de San Lázaro, donde el padre tomó un billete para su hijo y otro de andén para él.

—Yo creí que regresabas conmigo...—dijo Nepomuceno.

—Me quedo. Dile a tu madre que aprovecho el viaje para ver París. Sólo que yo no haré lo que tú. Yo os enviaré noticias con frecuencia.

* * *

Después de haber paseado por París, a las doce de la noche el padre de Nepomuceno regresó al hotel de la calle de Roma.

Llevaba algún tiempo durmiendo cuando bruscamente fué despertado por la claridad de la luz eléctrica.

Abrió los ojos y se quedó estupefacto de ver en su alcoba a una hermosa mujer, que también parecía asombrarse al verlo.

Musquette—pues era ella—balbuceó:

—Se ha equivocado usted de alcoba.

—No, señora. ¿Usted viene a ver al señor Tubuey?

—Y usted, ¿cómo lo sabe?

—Porque soy su padre. Si no está aquí es porque le he hecho ir al pueblo.

—¡Ah!

—Pero eso no importa, señorita. Yo procuraré hacerle olvidar su ausencia.

Musquette se acostó donde tenía por costumbre.

* * *

A la primera noche de amor sucedió una segunda, y a la segunda, una tercera. El padre de Nepomuceno se aficionaba.

Y escribió a su casa comunicando la intención que tenía de permanecer algún tiempo más en París. Esto su mujer lo encontró natural; pero no así Nepomuceno, que se figuró en seguida lo que estaba ocurriendo; es decir, que su padre le había suplantado junto a Musquette. Esto hizo que el mozo rumiara una venganza.

Encontró un vecino, el tío Trigou, que tenía que ir a París, y a éste le indicó que cuando llegara a la capital buscase alojamiento en el hotel de la calle de Roma. Allí le dijeron que su amigo el viejo Tubuey debía estar almorzando en el restaurante de enfrente. Allí lo encontró.

—¿Tú en París?—preguntó Tubuey.

—Sí; vengo a ver el concurso agrícola.

—Siéntate; vamos a comer. Y en el pueblo, ¿qué dicen?

—Todo va bien. Es decir...

—¿Pasa algo?

—Tu mujer, que se ha roto una cadera. Me parece que harías bien regresando pronto.

—¡Se ha roto una cadera! Tendré que regresar en seguida. ¡Cómo andará todo aquello!

El padre de Nepomuceno, antes de marchar, escribió una carta a Musquette dándole cuenta de su precipitada partida.

El asombro de Musquette había sido grande cuan-

do al entrar un día en la alcoba encontró, en lugar del hijo, al padre; pero la noche de la marcha de éste su asombro fué aún mayor al ver dentro de la cama a un desconocido. El tío Trigou disipó pronto su sorpresa, porque era hombre que sabía hablar a las mujeres. Por tanto, no le ocultó que había nacido en el mismo pueblo que sus predecesores.

La bella Venus, curiosa por saber si todos los de Yvetot eran iguales, se avino a sustituir al padre de Nepomuceno con el tío Trigou.

Durante quince días que estuvo en París el tío Trigou hizo proezas. Y cuando, el décimosexto día, el aldeano tuvo que marcharse, Musquette le despidió con lágrimas en los ojos.

Para evitar aquella tristeza, se fué a buscar a Verdeche y le espetó a toda prisa:

—La penitencia que te impuse ha terminado. A partir de esta noche saldremos juntos del Templo, como lo hacíamos antes.

—Antes de que Tubuey me suplantara—dijo él.

—Era una suplantación temporal. No pensemos más en ello.

—Entendido, Musquette, entendido. Y no me volverá a suplantar nadie.

—Chico, ¿qué quieres que te diga? Si vienen más aldeanos de Yvetot...

FIN

